

John William Polidori

Bernardo Ruiz

¡Vaya viaje!, sus continuas luces y sombras son como los humores de la Luna en la travesía de los círculos celestes. Lo evocaré por siempre: en ocasiones maldiciendo las contradicciones de la vida; otras, en la certidumbre de que viví instantes llenos de deslumbramiento —ya no sólo como el médico de cabecera de Lord Byron—, sino como el constante testigo de su vida.

De esta forma, me he convertido en una versión contemporánea de James Boswell, el prestigiado admirador y biógrafo del doctor Samuel Johnson. Es momento de presentarme: soy el médico John William Polidori. Egresé de la Universidad de Edimburgo tras defender una tesis acerca del sonambulismo. Tengo 20 años y deseo escribir poesía: esa fuente de visiones grandiosas que a todos seduce e impresiona. A través de ella, el mundo podrá un día referirse a mí con la misma emoción que se pronuncia “Wordsworth”, “Coleridge”, “Byron” —como si fuera uno de los nombres sagrados de Dios.

Más de uno argüirá que sólo soy un cirujano cejijunto, de aspecto mediterráneo, inquisidor y cordial, cuya finalidad es convertirse en una aburrida celebridad: en suma, la esencia de todo aquello que no quiero ser. ¿Qué quiero ser? Esto: el viajero en que me convertí durante esta travesía a través de una cuarta parte del mundo hasta este lago a unos pasos de Francia y de Italia.

Dejamos Londres el miércoles 24 de abril de 1816 por la mañana con rumbo a Dover, para embarcarnos hacia Ostende, desde donde continuamos —con algunas breves paradas— hasta Waterloo. Durante todo el camino encontramos marcas de los destrozos de la guerra napoleónica que muestran la devastación que dejó a su paso por todo el continente.

No me quejo de la travesía, sólo me molestan las discusiones con Lord Byron, que se queja de mi escritura. Disfruté varias ciudades, pero me sentí mal al salir de Colonia. Llegué con fiebres a Mannheim, tras cruzar el Rin. Así, desde ese 14 de mayo, viajé enfermo, muy en-

fermo, con fiebre y desmayos, vértigo y dolor de cabeza. Cinco días después, acusé leve mejoría. El 21 por fin llegamos a territorio suizo. Y el 26 pudimos nadar a la orilla del lago Lemán.

En Cologny, al día siguiente, negociamos el alquiler de la Villa Diodati, desde donde se contempla el lago y la ciudad de Ginebra. Tras algunas pláticas fue posible rentarla, a partir de junio hasta noviembre.

Notaba en mí un humor sombrío. Algo parecido le ocurría a Lord Byron, quien se negó a recibir a distintas amistades los días previos. Decidí dejarlo a solas. Alquilé un bote y remé lago adentro, para luego dejarme ir a la deriva.

Para su fortuna, Milord se encontró con tres conocidos: Percy Bysshe Shelley, Mary W. Godwin, su mujer; y su cuñada Claire Clairmont, quien había tenido amores con Byron. Los Shelley se hospedaban en el Hôtel d'Angleterre; mas en junio se mudaron a Campagne Chapuis, a menos de diez minutos de Diodati.

El 28 fuimos invitados a desayunar con el doctor de Roche, un hombre sabio quien me informó que los casos de esa fiebre de origen tifoso que me afectó: “Es una epidemia que llega hasta Moscú”.

Relevante es la velada aquella noche, con Mr Einard: sin mayor ceremonia, fui presentado formalmente al poeta Shelley, a Mary Wollstonecraft Godwin —Ms Shelley— y a su hermana Claire.

Al día siguiente, cenamos con los tres. También el 30 de mayo fuimos a desayunar con ellos. Percy nos cuenta sus vicisitudes y aventuras con Godwin, el padre de Ms Mary. (Dice que por una parte pagó las deudas del filósofo; y por la otra, sedujo a su hija). Y se pregunta por qué no lo puede ver William Godwin. Claire decidió acompañarlos en su viaje.

En fin, sin darme cuenta, ya teníamos incorporado en la corte de Byron al círculo de los Shelley. A partir de entonces desayunamos, comimos y cenamos casi a diario.



F.G. Gainsford, *John William Polidori*

También jugábamos cartas, tomábamos el té, asistíamos a sesiones de música en casa de Mr Odier; y salíamos de paseo —a pie o a caballo— por los alrededores. Hasta el fin de su estancia —en agosto— poco varió esa rutina.

Junio inició bajo augurios extraños: por una parte, Ginebra, oímos, parecía sitiada: había temor por las fiebres. Una chica murió por la tarde del día primero en una agonía de sólo media hora. Por si acaso, vacuné al niño Shelley.

El prolongado invierno se convirtió en mal tiempo. La gente se muestra desconcertada. Las noticias nos llegan con listados de catástrofes en todos los campos de Europa, donde se vaticinan magras cosechas.

Nos parece el fin del mundo. El paisaje lo confirma: las oscuras montañas, la neblina que se asienta blanca, ligera en las colinas de los alrededores y las estrellas y la luz de la Luna en creciente sobre el lago. ¿Es así el fin del mundo?

Frecuentar a los Shelley tiene su precio. En algún momento de exaltación —resultado de una carrera de botes— reté a un duelo a Shelley. Milord respondió que él por Percy con gusto lo aceptaría.

Quise ser parte de esta sociedad y descubro que en el fondo de mí la desprecio. Byron en ocasiones manifiesta igual rechazo. “Son deplorables en sus pequeñas

ambiciones y mezquindades”, murmura. Luego, vuelve a lo suyo y se aísla del mundo.

Con Ms Mary o Ms Claire, las cosas marcharon distinto. Son cordiales y un poco más jóvenes que yo. De ellas he disfrutado su conversación inteligente y sensible. De Ms Clairmont, no tengo una clara imagen de varias de sus opiniones o actitudes. Aunque en ella toda inocencia quedó atrás: Claire no ha sido capaz de librarse del estremecimiento con que el fulgor de la mirada de Byron amenaza con consumirla.

En esos vaivenes de las almas y en actividades fútiles transcurrió la tercera parte del mes. El clima empeoró y se cubrieron los cielos. El lago se mostraba a veces calmo y plomizo; u ocre, lodoso, otras. Para alejarme un poco de la rutina, las noches del 12 y del 13, me quedé en la ciudad, ya que había baile.

Poco duró ese recreo, el sábado 15 fue una jornada fallida: diluvió; y por ayudar a Ms Shelley —como me había pedido Milord— al saltar un seto, me lastimé un tobillo. Terminé en el sofá, ayudado por Byron, quien trajo una almohada para mi pie. Tuve el desacierto de decirle: “No pensé que usted tuviera tantos sentimientos”. Mary me fulminó con la mirada.

Percy Byshe conversó conmigo. Sus comentarios sobre *Cajetan* son poco favorables. Más tarde los poetas tuvieron una conversación respecto al principio de la

vida, el galvanismo y una serie de preguntas filosóficas, difíciles de responder. Ms Shelley, a todo atenta.

El 16 la he pasado en cama escuchando la lluvia. Por la tarde, los Shelley se quedaron a dormir en la villa. Antes, para distraernos leímos partes de *Fantasmagoriana*, historias que hablan de apariciones, espectros y revivientes. El guante de Byron cayó en la mesa con el reto para todos de escribir un relato con temas terroríficos durante los próximos días.

Al día siguiente fuimos a la ciudad y a cenar en casa de los Shelley. Más tarde a un baile con Mme Odier. Intenté unos pasos, pero el dolor del tobillo fue instantáneo, como un estallido de mortero. No había aún iniciado mi relato; en cambio, los demás ya tenían un primer avance.

Finalmente, el 18, comencé mi narración por la tarde. Bosquejo un destino fatal para mi protagonista. Mary me dijo, oh, paradójica, que soy su pequeño hermano.

En un arrebato, Percy B. comenzó a recitar una parte de *Christabel*, un poema que Coleridge está por publicar. Me pareció un poema extraordinario. Hablamos a partir de la medianoche acerca de fantasmagorías. Byron decidió repetir algunos de los versos de *Christabel*: los que se refieren al pecho de la bruja.

Para nuestro azoro, Percy se levantó conmovido, gritaba y sostenía entre las manos su cabeza. Le eché agua en la cara y le di a oler éter. Veía a Mary con desconcierto y evocó que le habían hablado acerca de una mujer que tenía ojos en lugar de pezones. La imagen al posesionarse de su mente lo horrorizaba. Tardó un poco en tranquilizarse. Vaya exaltación esa noche.

Los subsecuentes días estuve encerrado. Algo avanzó mi historia, algo mejoró mi tobillo. Poco escribieron los demás, sólo Ms Mary y yo nos concentramos en nuestra tarea. A Claire no le interesaba retomar su texto. Shelley abandonó sus pocos versos. El tema de Byron es fascinante: se refiere a un Lord de una perversidad ejemplar. Quizás un vampiro al que debe jurarse fidelidad.

Conforme los días se sucedieron, y me recuperaba, traté de volver a mi agenda con las relaciones con quienes mantenía trato. A la par, creció mi amistad con Mary y Claire.

Por su parte, Shelley y Byron fueron a Vevey, por unos días —y a su regreso noté cómo nos habíamos distanciado—. Olvidados los relatos comprometidos los días previos, ya no quisieron saber más de ellos. Yo continué durante julio con mi historia y mis visitas a Claire y Mary, y a mis otros conocidos.

Las lluvias, las rutinas previas continuaron hasta finales de agosto, y sólo fueron relevantes en mi vida un par de disputas más con Shelley. Quedaron en eso: arranques de ira. A finales de agosto lo despedimos junto con su familia.

Tras su partida, decidí separarme de Milord, en los mejores términos posibles. De este modo, terminó una etapa de mi vida llena de decepciones y descubrimientos. Me iré a Italia.

Así, el lunes 16 de septiembre a las 6 de la mañana dejé para siempre Villa Diodati, Cologny, Ginebra, aquel lago magnífico, y aquellas montañas de Jura, que llevaré siempre conmigo, junto con mi angustia; y, tatuado con fuego en la memoria, el recuerdo del juramento al vampiro que en adelante nunca me abandonará. **U**

© Javier Narváez



Bernardo Ruiz (*doctor Polidori*), Rosa Beltrán (*Mary Shelley*), Roberto Coria (moderador), Hernán Lara (*Percy Shelley*) y Vicente Quirarte (*Lord Byron*)